



FELIPE SANTOS, SDB

“Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 27)

El seguimiento de Jesús pide muchas veces la renuncia y el despojamiento. El cargar con su cruz no supone un peso adicional a las dificultades e la vida sino un estilo de vivir lo cotidiano a la luz de los valores del Reino. Jesús nos invita a vivir con libertad, a caminar ligeros de equipaje, a llevar en el corazón su persona y su mensaje.

Señor, quiero seguirte, pero me faltan las fueras para hacerlo. No te veo, no te siento, no te comprendo, pero me fío de Ti.

El seguimiento de Jesús es como una piedra en el zapato. Nos hace detenernos en el camino y examinar qué es lo que no nos deja seguir. Nos obliga a pensar si el camino vale la pena, si es el adecuado, el ideal. Porque el seguimiento de Jesús tiene exigencias destinadas a liberar a los seres humanos de las cargas inútiles y excesivas; requiere y exige absoluta libertad. El evangelio de hoy nos recuerda las exigencias del seguimiento. Requerimientos que en alguna medida pueden “mortificar”, causar incomodidades, pero que tienen como fin ayudar al discípulo a estar disponible para seguir el camino de Jesús. Por eso lo más oportuno es no llevar muchos zapatos para el camino, acumulando bienes innecesarios, ni cargar con muchas bolsas, pues el bien más grande es Dios mismo. Ni hay que llevar mucha compañía, porque en la comunidad de hermanos se encontrará la amistad y el apoyo. Viendo

así las cosas, el camino se debe emprender en la más entera libertad, con los brazos abiertos para ir al encuentro del hermano, y con los pies descalzos para estar en el más cercano contacto con la realidad. El cargar con la propia cruz es signo de aceptación de un camino de sufrimiento, soledad e incluso muerte, que el discípulo escoge por la causa de Jesús y por seguir en pos de él.